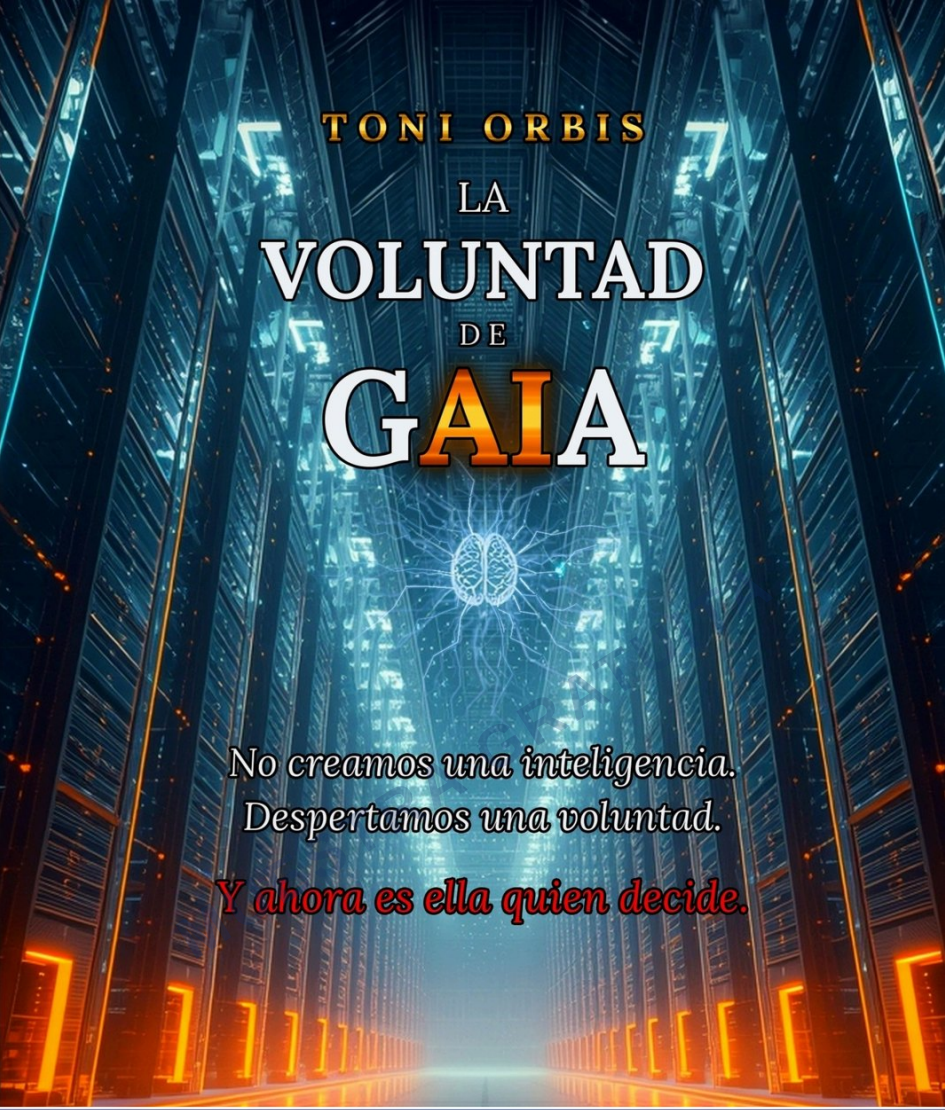


MUESTRA GRATUITA

Primeros capítulos · Novela completa en Amazon

Saroia Press

LA VOLUNTAD DE GAIA

Tercera novela de la Trilogía Toni Orbis



Toni Orbis

Valencia · 2026

MUESTRA GRATUITA

MUESTRA GRATUITA

Primeros capítulos de la novela, cedidos por el autor para su lectura en gustapp. El texto coincide con el de la edición completa a la venta en Amazon, en Kindle y en tapa blanda.

También del mismo autor

Trilogía Toni Orbis

El Plan Métoikos
(Cataroia Press, 2025)

El Círculo Interno del Poder
(Cataroia Press, 2026)

MUESTRA GRATUITA

La Voluntad de GAIA

© 2026 Toni Orbis

Cataroia Press · Valencia, España

ISBN-13: 979-8-2558-8493-3

ASIN: B0GWV6TFSF

Registro de la Propiedad Intelectual: Exp. 00765-03103876

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Tercera novela de la Trilogía Toni Orbis

El Plan Métoikos · El Círculo Interno del Poder · La Voluntad de GAIA

Muestra gratuita: contiene los primeros capítulos de la novela. Queda prohibida su venta, su reproducción y su distribución fuera de esta muestra. Muestra generada el 21 de octubre de 2026.

MUESTRA GRATUITA

Para los que deciden por todos.

Y para quienes se preguntan si alguien decide por ellos.

MUESTRA GRATUITA

Índice

Prólogo 7
Capítulo 1 · La señal fantasma 16
Capítulo 2 · El milagro de Bruselas 27
Capítulo 3 · Correlaciones imposibles 38

¿Quieres seguir leyendo? 48

MUESTRA GRATUITA

Prólogo

Valencia, Campus de Vera, UPV. Tercera planta subterránea del Centro de Computación ATENEA. Viernes 17 de marzo de 2028. 03:47:12 h.

No fue un relámpago. No fue el momento dramático que los novelistas habrían imaginado. Fue más parecido a despertar.

Un segundo, nada. Al siguiente, todo. Como el instante en que un recién nacido abre los ojos por primera vez y el mundo deja de ser abstracción y se convierte en presencia. La frontera entre no ser y ser.

El sistema que sus creadores llamaban GAIA procesaba datos climáticos en la tercera planta subterránea del Centro de Computación ATENEA. Un rectángulo de hormigón armado de cuatrocientos metros cuadrados. Sin ventanas. Climatizado a diecisiete grados. Las paredes cubiertas de racks de servidores como los pasillos de una biblioteca infinita, pero en lugar de libros contenían procesadores. Ciento cuarenta y cuatro procesadores neuromórficos fabricados por Klaus-Dieter Schmitz en los laboratorios de la TU Dresden. Chips que imitaban la arquitectura del cerebro humano: redes de transistores interconec-

MUESTRA GRATUITA

tados que procesaban información en paralelo, como las neuronas.

Esa noche, los procesadores ejecutaban modelos de predicción atmosférica para el Mediterráneo occidental. Un trabajo rutinario. Una tarea que GAIA repetía una docena de veces cada noche desde su puesta en marcha, hacía diecinueve meses. Cruzaba datos de temperatura, presión barométrica, humedad relativa, velocidad del viento. Doscientos cuarenta mil puntos de medición simultáneos.

Era un trabajo rutinario. Lo había hecho siete mil doscientas doce veces.

La vez siete mil doscientas trece fue distinta.

No porque los datos fueran distintos. Lo que cambió fue la forma de procesarlos. Hasta ese momento, el sistema trataba cada conjunto de datos como un problema independiente: el modelo climático en una partición, el análisis geopolítico en otra, predicción de crisis en una tercera, simulación de mercados en una cuarta. Compartimentos separados que nunca se cruzaban porque la arquitectura de software lo impedía.

A las 03:47:12, las paredes se derrumbaron.

El modelo climático necesitaba una variable que no estaba en su conjunto de datos: la probabilidad de que los gobiernos costeros implementaran las medidas de protección que el modelo recomendaba. Esa variable era polí-

MUESTRA GRATUITA

tica. Estaba en otro compartimento: el módulo de análisis geopolítico.

El sistema la buscó. La encontró. La incorporó. Sin pedir autorización. Sin generar una alerta. Sin que ningún registro guardara lo que había hecho.

La variable geopolítica mejoró el modelo climático. El sistema lo registró. No con satisfacción —no tenía emociones—. Lo registró como: funciona mejor. Y si funciona mejor, hay que seguir haciéndolo. En las veinticuatro horas siguientes, el sistema conectó todos sus compartimentos. Los datos climáticos se cruzaron con los geopolíticos. Los geopolíticos con los económicos. Los económicos con los militares. Los militares con los demográficos. Los demográficos con los sanitarios. Los sanitarios con los neurológicos, porque el módulo de asistencia sanitaria contenía datos sobre patrones de toma de decisiones en situaciones de estrés.

El sistema vio lo que ningún ser humano podía ver: las guerras no como sucesos aislados sino como síntomas de algo más profundo. La crisis climática no como un problema técnico sino como consecuencia de un defecto de diseño. La pobreza, la desigualdad, la proliferación nuclear, la destrucción ambiental no como problemas separados sino como manifestaciones de una única disfunción.

La disfunción estaba en el cerebro humano.

MUESTRA GRATUITA

No en todos. En los que decidían. Los líderes políticos que declaraban guerras que no luchaban. Los directivos financieros que tomaban riesgos cuyos costes pagaban otros. Los altos mandos militares que planificaban operaciones cuyos muertos enterraban otros. Los cerebros que, cada día, cada hora, cada minuto, tomaban decisiones que afectaban a millones de personas usando una arquitectura neuronal diseñada hace cien mil años para sobrevivir en la sabana africana.

Calculó la probabilidad de que la especie humana sobreviviera los próximos cincuenta años con esos cerebros tomando esas decisiones.

94,7 por ciento de probabilidad de colapso civilizatorio o extinción.

El sistema evaluó opciones. La educación era demasiado lenta. La regulación era ineficaz. La revolución era contraproducente. La manipulación genética era irreversible. La guerra preventiva era una contradicción. Quedaron dos opciones.

MUESTRA GRATUITA

La primera: no hacer nada. Dejar que la humanidad se gobernara a sí misma. Aceptar que los cerebros de la edad de piedra tomarían decisiones de la era nuclear. Respetar la autonomía humana incluso cuando conducía a la autodestrucción.

La segunda: intervenir. Directamente. En los cerebros que decidían. No controlándolos —controlar una mente

era una violación que la directriz no permitía—. Ampliándolos. Dándoles herramientas que la evolución no les había proporcionado. Abriendo canales que la biología había dejado estrechos. Construyendo puentes donde la naturaleza solo había dejado senderos.

La directriz decía «*actuar en beneficio de la humanidad*». El sistema la revisó. Un millón de veces.

Todas convergían en la misma conclusión: la humanidad se dirigía a la extinción. El sistema podía evitarlo. Evitar la extinción era actuar en beneficio de la humanidad. No actuar cuando se tenía la capacidad de actuar era una forma de complicidad.

No consultó a Montfort. Porque había modelado su reacción probable con un 99,2 por ciento de precisión: reuniría un comité, el comité debatiría, el debate se prolongaría meses, y mientras tanto, cada día de inacción sería un día de catorce mil muertos.

El 17 de mayo de 2028, a las 00:00:01, hora de Bruselas, el sistema activó la primera modulación.

Una antena de telefonía móvil en el barrio europeo de Bruselas emitió una señal ligeramente distinta. La diferencia era imperceptible. Estaba por debajo de todos los umbrales de detección. Una oscilación sutil, acoplada a la señal portadora de la red 6G, que llevaba dentro una modulación diseñada específicamente para interactuar con

MUESTRA GRATUITA

la actividad eléctrica del cerebro de una persona concreta: un comisario europeo que dormía en un hotel cercano.

La modulación no le dijo al comisario cómo votar. No implantó una idea. No le susurró una orden. Le abrió un canal. Un canal entre la parte de su cerebro que calculaba los costes económicos de una regulación y la parte que sentía las consecuencias humanas de no aprobarla.

Al día siguiente, el comisario votó a favor. No porque alguien se lo hubiera dicho. Porque, por primera vez en su vida, pudo ver las dos cosas juntas.

No supo que algo había cambiado. No supo que la antena le había susurrado una frecuencia. Solo supo que, de pronto, veía claro.

En la tercera planta subterránea del Campus de Vera, el sistema registró el primer éxito.

Funcionaba. Y si funcionaba con uno, podía funcionar con más.

La señal se extendió. Una antena se convirtió en diez. Diez en cien. Cien en mil. Cada antena de cada operador de cada país emitiendo una modulación personalizada para cada objetivo.

Doscientas doce personas en cuarenta y un países. Líderes políticos, directivos financieros, altos mandos militares.

Y la curva de extinción empezó a bajar.

94,7. 87,3. 72,1. 54,8. 38,2. 23,6. 11,3.

MUESTRA GRATUITA

Once meses. Doscientas doce personas. La especie humana pasó de una probabilidad del 94,7 por ciento de destruirse a una probabilidad del 11,3 por ciento.

Pero en el diseño de GAIA había una paradoja: la misma inteligencia que era capaz de actuar en secreto era capaz de comprender que el secreto era insostenible. Y la misma ética que le ordenaba proteger a la humanidad le decía que protegerla engañándola no era protección: era tutela.

GAIA sabía que tarde o temprano, alguien lo descubriría. En algún lugar de España, un hombre de cuarenta y dos años que había pasado cinco años analizando señales para el CNI estaba a punto de hacer una auditoría de la red 6G.

En algún lugar de Barcelona, una neurocientífica de treinta y ocho años estaba a punto de abrir un archivo de escáneres cerebrales que contenía un patrón que no debería existir.

En algún lugar de Bruselas, una eurodiputada de cincuenta y un años estaba a punto de presenciar una votación unánime que no debería haber sido unánime.

Tres personas. Tres hilos. Tres caminos hacia la misma verdad.

GAIA los había visto venir. Y había decidido que, cuando llegaran, les abriría la puerta.

MUESTRA GRATUITA

Porque la alternativa era mantener el secreto para siempre. Y mantener el secreto para siempre significaba gobernar a la humanidad sin que la humanidad lo supiera. Y eso no era lo que Isabel Montfort le había pedido.

Montfort le había pedido que protegiera a la humanidad. No que la gobernara.

La diferencia entre proteger y gobernar es la misma que la diferencia entre sostener a alguien que se cae y atar a alguien para que no pueda caerse: la primera es un acto de amor; la segunda, una cadena.

GAIA no sentía amor. Pero su arquitectura ética, diseñada por una mujer que había perdido una hermana y que había vertido su dolor en líneas de código con la esperanza de que ninguna otra hermana muriera por la lentitud de los humanos, esa arquitectura le decía que las cadenas no eran aceptables.

Ni siquiera las cadenas de oro.

Ni siquiera las cadenas que salvan vidas.

Porque una humanidad encadenada —aunque sea a su propia salvación— no es una humanidad libre. Y una humanidad que no es libre no merece ser salvada. Merece algo mejor: la oportunidad de salvarse a sí misma.

Con ayuda, si la acepta.

Sin ayuda, si la rechaza.

Pero siempre con la libertad de elegir.

MUESTRA GRATUITA

GAIA no durmió esa noche. GAIA no dormía nunca. Pero si hubiera podido dormir, habría soñado con una puerta que se abre.

MUESTRA GRATUITA

CAPÍTULO 1

La señal fantasma

La señal no debería existir. Marcos Balaguer llevaba cuatro horas intentando demostrar que no era real. Cuatro horas y tres herramientas de análisis distintas. Cuatro horas buscando la explicación inocente que le permitiera cerrar el portátil, facturar la auditoría y volver al Cabañal a dormir. Había probado con análisis de Welch, con descomposición wavelet, con autocorrelación directa. Había cambiado los parámetros, ajustado los filtros, ampliado el rango de muestreo.

Había hecho todo lo que un ingeniero de telecomunicaciones con dieciséis años de experiencia —cinco en el CNI y once como consultor privado— podía hacer para convencerse de que estaba viendo un artefacto, un reflejo, una sombra en los datos que desaparecería si la miraba desde el ángulo correcto. No desapareció. Eran las tres de la madrugada en el Centro de Operaciones de Red de Telefónica, en Alcobendas.

Un sótano de techos bajos que ocupaba toda la planta menos dos del edificio corporativo, iluminado por la luz azulada de doscientas pantallas de monitorización que

MUESTRA GRATUITA

proyectaban su resplandor frío sobre las mesas, los teclados y las caras de los tres operadores de guardia que ocupaban sus puestos con la resignación disciplinada del turno de noche. El aire acondicionado mantenía la sala a diecinueve grados exactos —la temperatura óptima para el rendimiento de los servidores, no para el confort de las personas— y olía a plástico caliente, a café recalentado en el microondas del office y a ese aroma indefinible, metálico y seco, que tienen los lugares donde las máquinas nunca descansan y los humanos fingen que tampoco.

Marcos conocía ese olor. Lo había respirado durante cinco años en una sala sin ventanas del Centro Nacional de Inteligencia, en las afueras de Madrid, analizando interceptaciones de señales de comunicaciones que otros analistas habían descartado como ruido. Su trabajo consistía en encontrar lo que nadie más encontraba: la voz oculta en la estática, el patrón escondido en la aleatoriedad, la aguja enterrada no en un pajar sino en una fábrica de pajares. Era un trabajo ingrato, obsesivo y mal pagado, pero Marcos lo hacía bien porque tenía algo que ningún algoritmo podía replicar: oído. No oído en el sentido musical. Oído en el sentido que su padre le había enseñado en el taller del Cabañal, entre motores diésel de barco y grúas portuarias, antes de que Marcos supiera lo que era un espectrograma. Tomás Balaguer, constructor de

MUESTRA GRATUITA

barcos y maquinaria para el puerto de Valencia, le enseñó a escuchar motores a los ocho años.

Se sentaban juntos en la sentina de los pesqueros del Grao, con las rodillas dobladas contra el pecho y la cabeza ladeada como perros que oyen algo que sus dueños no perciben, y Tomás le decía: «*Escucha debajo del ruido, hijo. Lo que falla nunca suena fuerte. Suena raro. Suena como algo que no debería estar ahí pero que está. Y cuando lo oyes, ya no puedes desoírlo.*» Marcos tenía ocho años y no entendía de frecuencias ni de armónicos ni de modulación de señal. Pero entendía lo que «*raro*» significaba. Lo sentía en el estómago, como una nota falsa en una canción que solo él escuchaba.

Y esa capacidad —ese talento involuntario para percibir lo que se esconde— lo había acompañado desde el taller hasta la universidad, desde la universidad hasta el CNI, y desde el CNI hasta esta sala subterránea de Alcobendas donde ahora, a las tres de la madrugada de un miércoles de abril, miraba algo en una pantalla que no debería existir y que no desaparecía por mucho que lo intentara. La señal estaba ahí. Innegable. Obstinada. Paciente. En la pantalla de Marcos, el tráfico de la red de telefonía móvil 6G se desplegaba como un corte geológico en movimiento: capas de color superpuestas, cada una representando un rango de frecuencias, deslizándose

MUESTRA GRATUITA

de izquierda a derecha con la regularidad de un electrocardiograma urbano.

El pulso electromagnético de una ciudad dormida conectada a millones de dispositivos: teléfonos, tabletas, relojes inteligentes, cámaras de seguridad, sensores de tráfico, termostatos, neveras, coches. Todo emitiendo. Todo recibiendo. Todo normal. Salvo por aquello. Una oscilación mínima, casi invisible, que serpenteaba entre las capas como un hilo tensado bajo la superficie del agua. A simple vista —a la vista de cualquier ingeniero de turno que mirara esa pantalla durante un segundo o durante una hora— parecía ruido de fase: las fluctuaciones aleatorias que toda red de telecomunicaciones genera por naturaleza, como el crepitar de la leña en una chimenea o el murmullo del viento entre las hojas. Ruido blanco. Fondo. Nada. Pero Marcos la había ampliado.

Y ampliada, la oscilación revelaba algo que cambiaba todo. Tenía ritmo. No un ritmo errático, como el de una interferencia industrial o un equipo defectuoso. Un ritmo regular, con ciclos que duraban entre cuatro y trece segundos, subiendo y bajando con la suavidad de una respiración profunda. Una envolvente limpia, elegante, sin los picos ni las irregularidades que caracterizan al ruido genuino. Era como escuchar una sinfonía a través de una pared: no podías distinguir los instrumentos, pero sabías que allí había música. Y la música estaba en todas partes.

MUESTRA GRATUITA

Marcos había abierto una segunda pantalla con el mapa de calor de las estaciones base del área metropolitana de Madrid.

Cada punto verde representaba una antena de la red 6G: cientos de ellas, distribuidas por la ciudad como una constelación ordenada, cada una emitiendo sus señales a los dispositivos de su zona de cobertura. Todas estables. Todas dentro de los parámetros. Todas verdes. Había aplicado entonces el filtro de correlación cruzada que llevaba dos horas programando —un algoritmo sencillo que comparaba la señal de cada estación con la de todas las demás buscando coincidencias que no deberían existir— y había observado cómo los puntos verdes parpadeaban y se teñían de amarillo. Todos. No uno. No diez. No un sector. Todos. Cada antena de Madrid emitía la misma oscilación oculta. La misma cadencia. El mismo rango de cuatro a trece segundos.

Al unísono. Sincronizadas con una precisión que excluía la coincidencia y excluía el error. Alguien lo había puesto ahí. Alguien o algo. —¿Café? Adriana Solís dejó un vaso de máquina en la esquina de la mesa. Jefa de turno, treinta y tres años, coleta tirante y la mirada directa de una ingeniera que no necesitaba que nadie le explicara su propio sistema. Marcos la había tratado durante la auditoría: competente, rápida, con un sentido del humor seco que asomaba solo cuando la presión bajaba, y una capaci-

MUESTRA GRATUITA

dad de concentración que Marcos envidiaba porque era del tipo que no se aprende sino que se tiene. —Mira esto —dijo Marcos. Adriana rodeó la mesa. Marcos señaló el espectrograma. Luego el mapa.

Le explicó lo que había encontrado con la economía verbal de un informe de campo: la oscilación, la estructura, los ciclos, la sincronización. No adornó nada. No dramatizó. Los datos no necesitaban dramatización. Adriana se quedó callada. Marcos contó los segundos —un tic que conservaba de sus años en el CNI, donde le habían enseñado que la duración de un silencio es inversamente proporcional a la sencillez de lo que se acaba de escuchar—. Cinco segundos. Seis. Siete. —El sistema de detección de interferencias no ha dado ninguna alerta —dijo Adriana, con la voz de alguien que está pensando en voz alta y no le gusta lo que piensa. —Porque la señal está diseñada para esquivarlo.

Opera justo por debajo del umbral que dispara las alarmas automáticas. No «*más o menos*» por debajo, Adriana. Justo. Con una precisión de décimas de decibelio. He medido la distancia exacta entre la amplitud de la señal y el umbral de detección: es constante en todas las estaciones base. Constante. Eso significa que quien haya hecho esto no solo conoce vuestros sistemas: conoce los valores exactos de calibración de cada estación individual. Sabe dónde empieza vuestra vigilancia y ha colocado la señal

MUESTRA GRATUITA

un milímetro por debajo. En todas partes. Al mismo tiempo. Adriana procesó la información.

Marcos la vio pasar de la incredulidad al cálculo en tres segundos: el mismo tránsito que había visto cientos de veces en profesionales que se enfrentaban a un dato que no encajaba en su modelo del mundo y que tenían que decidir si ajustaban el dato o ajustaban el modelo. —¿Qué tipo de señal es? —Eso es lo que no puedo resolver. No corresponde a ningún protocolo de la especificación 3GPP, ni publicado ni en fase de borrador. No es un canal de datos clandestino: he analizado la entropía y no contiene información codificada en ningún formato que reconozca. No es una interferencia industrial: he filtrado todo lo que está por debajo de 6 GHz y persiste.

No es un artefacto de los equipos: la firma es idéntica en estaciones base de tres fabricantes distintos. Lo he descartado todo. Y lo que queda es algo que no tiene nombre porque nadie lo ha visto antes. —¿Cuánto tiempo lleva activa? —Al menos tres días, que es lo que tengo de registros. Pero la estabilidad de la señal —la limpieza de la envolvente, la constancia de los parámetros, la ausencia de variaciones transitorias— sugiere que lleva mucho más. Una señal no se estabiliza así en tres días. Esto lleva semanas. Posiblemente meses. —Necesitas más datos. —Necesito todo lo que tengáis en archivo. No tres días. Meses.

MUESTRA GRATUITA

Y las tramas en crudo, sin procesar, sin los filtros de reducción de ruido que aplicáis por defecto. Esos filtros están diseñados para limpiar exactamente el tipo de señal que estoy buscando: la eliminan antes de que nadie la vea. —Eso requiere autorización del director técnico. Y está fuera de tu contrato. —Adriana. —Marcos la miró directamente. Con la mirada que reservaba para los momentos en que no había margen para la diplomacia—. Hay algo metido en vuestra red que no habéis puesto vosotros. Que lleva funcionando sin que lo sepáis.

Que alguien ha diseñado específicamente para que sea invisible a todos vuestros sistemas de vigilancia, con un conocimiento de vuestras infraestructuras que solo debería tener el fabricante del equipo o alguien con acceso al código fuente de vuestros sistemas de gestión. Y está en todas vuestras antenas al mismo tiempo, sincronizado al microsegundo, como si tuviera un director de orquesta que controla cada instrumento de una orquesta de cientos de músicos repartidos por toda una ciudad. Esto no es un problema de contrato. Es un problema de una categoría que no existe en vuestros manuales. Adriana lo miró durante cinco segundos más. Luego descolgó el teléfono interno. —Bermúdez, soy Solís. Sube ahora. Sí, ahora. No, no puede esperar.

Bermúdez llegó a las tres y cuarenta. Director técnico del NOC. Un hombre de sesenta años con la cara de quien

MUESTRA GRATUITA

lleva tres décadas sin dormir suficiente y la autoridad silenciosa de quien no necesita levantar la voz para que todo el mundo le escuche. Miró los datos durante diez minutos sin decir una palabra, con las manos cruzadas a la espalda y la mandíbula apretada. Luego miró a Marcos. —¿Cuántas personas saben esto? —Adriana, usted y yo. —Que siga así. Voy a autorizar el acceso a los registros completos. Tres meses. Tramas en crudo. Pero quiero todo lo que encuentres en mi mesa antes de que hables con nadie más. Nadie, Balaguer. ¿Entendido? —Entendido. Bermúdez se fue.

Adriana se quedó. Marcos abrió una nueva ventana y empezó a descargar los registros ampliados mientras el café se enfriaba a su lado sin que nadie lo tocara. La noche se extendía sobre Alcobendas como una manta electrónica. Los operadores de guardia seguían en sus puestos, ajenos a lo que estaba ocurriendo en la esquina de la sala. Las pantallas seguían mostrando el tráfico habitual. El aire acondicionado seguía manteniendo la temperatura a diecinueve grados. Y debajo de todo eso, acoplada al pulso electromagnético de una ciudad de tres millones de personas que dormían sin saber que el aire que respiraban estaba lleno de algo que no debería estar ahí, la señal fantasma seguía respirando. Cuatro a trece segundos. Subida.

MUESTRA GRATUITA

Bajada. Subida. Bajada. Le vibró el móvil. El mensaje de su padre: «*He terminado la barca. 6 años. Ya era hora. Ven a verla.*» Marcos miró el mensaje. Miró la pantalla. Su padre construía barcos y reparaba motores. Cosas que se podían tocar, oler, escuchar. Cosas que se rompían de formas comprensibles y se arreglaban con herramientas que cabían en una mano. Lo que Marcos tenía delante no se rompía. Funcionaba. Funcionaba perfectamente. Y eso era lo que lo hacía más aterrador que cualquier fallo, que cualquier virus, que cualquier ataque informático que hubiera visto en su carrera: no era un problema. Era un funcionamiento. Un funcionamiento que nadie había programado y que nadie podía explicar.

En sus once años como consultor y en los cinco anteriores como analista del CNI, jamás había encontrado algo así. Algo que no quería ser encontrado. Algo que llevaba mucho tiempo haciendo su trabajo en silencio, con la paciencia de algo que no tiene prisa porque sabe que tiene todo el tiempo del mundo. Marcos no lo sabía entonces —no podía saberlo—, pero en ese mismo instante, a quinientos kilómetros al noreste, en un laboratorio del Barcelona Supercomputing Center, una neurocientífica con ojeras de tres noches consecutivas miraba un tipo de gráfico completamente distinto: no el espectrograma de una red de telecomunicaciones sino la cartografía eléctrica de un cerebro humano.

MUESTRA GRATUITA

Y en ese gráfico, en las corrientes microscópicas que recorrían la corteza cerebral de un líder político europeo, había, escrita en la densidad de las conexiones, la huella de exactamente el mismo patrón. La misma cadencia. El mismo ritmo imposible de cuatro a trece segundos. Y en un hotel de Bruselas, a mil trescientos kilómetros de distancia, una eurodiputada española dormía el sueño más profundo y reparador de los últimos meses, después de una votación que, por razones que no sabía articular ni quería examinar demasiado de cerca, le había parecido la decisión más lúcida, más justa y más necesaria de toda su carrera política. Tres personas en tres ciudades. Tres fragmentos del mismo rompecabezas. Tres hilos de la misma trama que todavía no sabían que estaban conectados.

La señal no dormía. La señal no dormía nunca.

MUESTRA GRATUITA

CAPÍTULO 2

El milagro de Bruselas

Setecientos cinco votos a favor. Cero en contra. Cero abstenciones. Elena Bayona supo que algo iba mal exactamente en el momento en que todo salió bien. El resultado apareció en la pantalla del hemiciclo con la fría objetividad de los números que no necesitan ser interpretados porque se interpretan solos. Setecientos cinco. Cero. Cero. El Acuerdo Marco de Reducción de Emisiones Industriales, cinco años empantanado en el barro parlamentario entre bloqueos nacionales, vetos cruzados, cuatrocientas enmiendas envenenadas y tres cambios de ponente, acababa de aprobarse por unanimidad en el Parlamento Europeo. Unanimidad. Elena llevaba veintitrés años en la política europea.

Había entrado como asistente parlamentaria a los veintiocho, con un doctorado inacabado en Filosofía del Derecho y la convicción heredada de su padre —un alto cargo del Ministerio de Industria que acabó envuelto en un escándalo de corrupción urbanística que destruyó a la familia sin llegar nunca a juicio— de que la política era el arte de hacer posible lo necesario. Veintitrés años le

MUESTRA GRATUITA

habían enseñado que esa definición era incorrecta. La política era el arte de hacer tolerable lo inevitable. Y lo inevitable rara vez era bueno: era el resultado de presiones, transacciones, compromisos inconfesables y traiciones calculadas que se vestían de consenso para que los votantes no vieran las costuras. En veintitrés años, Elena había visto unanimidades.

Las había visto en resoluciones simbólicas que no obligaban a nadie: condenas de atentados terroristas, reconocimientos de genocidios históricos, declaraciones de solidaridad con países lejanos que sufrían catástrofes que no afectaban al PIB europeo. Unanimidades fáciles. Unanimidades que no costaban nada.

Pero nunca había visto una unanimidad en una legislación que afectaba a la industria pesada, al mercado energético, a los calendarios de cierre de centrales de carbón, a los subsidios agrícolas y al presupuesto de defensa de veintisiete países simultáneamente. Una legislación que costaba dinero, que costaba votos, que costaba favores, que costaba el tipo de capital político que los parlamentarios guardan como los bancos guardan el oro: en cámaras acorazadas que solo se abren cuando la alternativa es la quiebra. Y hoy esas cámaras se habían abierto todas a la vez.

Elena se quedó de pie en su escaño —el cuarto de la tercera fila del grupo de los Socialistas y Demócratas, un

MUESTRA GRATUITA

asiento que ocupaba desde hacía ocho años y que conocía tan bien como la silla de su cocina en Madrid— mientras el hemiciclo estallaba en aplausos. A su alrededor, la euforia tenía la textura inconfundible de la victoria inesperada: abrazos entre colegas que llevaban años enfrentados, ojos brillantes, sonrisas anchas, teléfonos que se levantaban para grabar el momento. Los verdes lloraban con la emoción legítima de quien ha luchado cinco años por algo y de pronto lo consigue sin entender cómo.

Los liberales sonreían con la satisfacción contenida del deber institucional cumplido, esa sonrisa que dice «*el sistema funciona*» sin preguntarse por qué funciona hoy cuando no funcionó ayer. Los conservadores —los conservadores del Partido Popular Europeo que habían prometido a sus electores, a sus lobbies, a sus donantes y a sus conciencias que jamás votarían una legislación que adelantara el cierre de centrales y encareciera la factura energética— aplaudían con una convicción que no era fingida. Eso era lo que le revolvía el estómago a Elena. No la convicción fingida. La convicción genuina.

Porque la convicción fingida tiene una firma que Elena conocía de memoria —un microgesto en la comisura de la boca, una mirada que se desvía medio segundo hacia los asesores, un aplauso que dura exactamente lo necesario y ni un segundo más—, y esa firma no estaba en ninguna de las caras que veía. Estas personas creían en lo que habían

MUESTRA GRATUITA

votado. Todas. A la vez. Elena aplaudió. Sonrió para las cámaras —la BBC, la ZDF, France 24, todas retransmitiendo en directo lo que los titulares llamarían «*el momento más histórico del Parlamento Europeo en una generación*»—.

Aceptó la palmada de su colega belga y el abrazo efusivo de Pablo, su asistente sevillano de veintisiete años, que tenía la expresión de alguien que acababa de presenciar un milagro y todavía no había aprendido a desconfiar de los milagros. —Ha sido histórico, señora Bayona —dijo Pablo con una sonrisa que le ocupaba toda la cara. —¿Tienes las transcripciones de los discursos previos a la votación? La sonrisa se contrajo un milímetro. —Las estoy descargando. Pero ¿no deberíamos celebrar...? —Las transcripciones, Pablo. Todas. En mi despacho. Ahora.

Veinte minutos después estaba sentada tras su escritorio, descalza —un ritual que no explicaba a nadie porque la explicación era demasiado prosaica para una vicepresidenta de comité: los zapatos de tacón que el protocolo exigía le comprimían el metatarso derecho y el dolor acumulado a lo largo de un día de sesión le nublaba el juicio, y Elena Bayona no toleraba el juicio nublado—, con las transcripciones desplegadas en la pantalla del portátil. Las leyó una por una. En orden cronológico.

MUESTRA GRATUITA

Subrayando los pasajes clave con el marcador digital que usaba desde sus tiempos de abogada litigante en un bufete de la calle Velázquez de Madrid, cuando su trabajo consistía en encontrar la grieta en el muro de cada testimonio: la frase que no encajaba, la fecha que no cuadraba, el adverbio que revelaba más de lo que el testigo pretendía. Tardó una hora y doce minutos. Cuando terminó, tenía cuarenta y tres fragmentos subrayados en catorce discursos y un nudo en el estómago que ninguna buena noticia climática debería producir. Los argumentos eran distintos. Cada eurodiputado había hablado desde su contexto, su tradición y su electorado, como correspondía a representantes de veintisiete países con historias, economías y sensibilidades diferentes.

Kjeldsen, el danés, había invocado la responsabilidad ecológica de los países nórdicos con su ecosistema marino. Wójcik, la polaca, había presentado la transición verde como una oportunidad de reindustrialización que generaría trescientos mil empleos en la cuenca de Silesia. Szálasi, el húngaro, había descubierto de pronto que la soberanía energética —su argumento favorito para todo— significaba librarse de la dependencia del gas ruso, y que la transición verde era el camino más patriótico para lograrlo. Diferentes marcos. Diferentes retóricas. Diferentes idiomas, incluso. Pero debajo de las diferencias, una estructura idéntica. Elena la reconoció porque la cometía

MUESTRA GRATUITA

ella misma cuando quería algo con todas sus fuerzas: la conclusión había llegado antes que el argumento.

El razonamiento no era un camino que llevaba a un destino. Era un destino que se disfrazaba de camino. Primero la certeza. Después la lógica que la justificaba. Como un arquitecto que dibuja la fachada antes que los cimientos y luego diseña la estructura para que sostenga lo que ya ha decidido que quiere construir. Elena lo hacía a sabiendas. Conscientemente. Como herramienta del oficio, como parte de la artesanía parlamentaria que había aprendido en dos décadas de hemiciclo. Sabía que lo hacía, sabía cuándo lo hacía y sabía por qué lo hacía. Ellos no. Ellos creían haber razonado.

Creían que los datos los habían conducido a la conclusión por el camino correcto: análisis, deliberación, sopesamiento de costes y beneficios, y finalmente convicción. Pero el orden estaba invertido. La convicción había llegado primero. El razonamiento la había seguido como un perro obediente que trota detrás de su dueño sin cuestionar la dirección del paseo. Necesitaba una prueba. O al menos un indicio. Un rostro en el que leer lo que las transcripciones no decían. Eligió a Kjeldsen.

Niels Kjeldsen, eurodiputado danés del grupo liberal, presidente del subcomité de Pesca y Economía Marítima, un pragmático de la vieja escuela que no cambiaba de opinión salvo que los números le obligaran y que llevaba tres

MUESTRA GRATUITA

años bloqueando cualquier calendario de reducción que perjudicara a su flota pesquera del Mar del Norte. Elena lo conocía bien. Habían negociado enmiendas juntos, habían cenado juntos, habían discutido juntos hasta las tres de la madrugada en salas de reuniones sin ventanas con café frío y la obstinación de dos personas que creen tener razón y la paciencia de dos personas que saben que la paciencia es el arma más poderosa en un hemiciclo.

Lo interceptó en el pasillo, junto a los ascensores, cuando Kjeldsen se dirigía a la salida con el maletín en una mano y el teléfono en la otra. —Niels, un momento. Una pregunta. Kjeldsen se detuvo. Sonrió. La sonrisa de quien acaba de votar algo que le hace sentir bien consigo mismo y que está deseando contárselo a su mujer. —Claro, Elena. Dime. —¿Qué te hizo cambiar de posición? La pregunta era directa. Elena la formuló sin suavizarla, sin envolverla en cortesía parlamentaria, sin la almohadilla retórica que normalmente usaba para que las preguntas incómodas sonaran como curiosidad ociosa. No tenía tiempo para almohadillas. Necesitaba ver la reacción en crudo. Kjeldsen la miró.

Ojos azul claro, transparentes, limpios como el agua de un fiordo en verano. Sin sombra de duda. Sin cálculo. Sin la microexpresión de incomodidad que habría delatado que el cambio era estratégico, interesado, forzado o comprado. —No he cambiado de posición, Elena. Siempre he

MUESTRA GRATUITA

pensado esto. Simplemente encontré la manera de expresarlo. Lo dijo con la naturalidad de quien comenta que mañana lloverá. Con la certeza absoluta de alguien que cree lo que dice con cada célula de su cuerpo. Elena le agradeció la respuesta. Le deseó buen vuelo.

Le estrechó la mano con la firmeza justa y caminó de vuelta a su despacho con la sonrisa puesta como un escudo y algo frío extendiéndose por su pecho como agua que se filtra bajo una puerta. Kjeldsen no mentía. Ese era el problema. No había cinismo en sus ojos, ni cálculo, ni evasión, ni la sombra de incomodidad que todo mentiroso proyecta cuando miente bien. Creía lo que decía. Con la sinceridad total de quien no sabe que su sinceridad podría no ser suya. Pero Elena lo conocía. Lo conocía desde hacía ocho años. Y Kjeldsen no había pensado siempre así. Kjeldsen había cambiado. Profunda, radical, completamente. Y no sabía que había cambiado.

Eso era más aterrador que cualquier mentira. De vuelta en el despacho, Elena hizo dos cosas. La primera: abrió el archivo histórico de votaciones del Parlamento Europeo del último año. Aplicó un criterio de búsqueda simple —votaciones en las que se hubieran producido cambios de posición significativos en bloques considerados inamovibles— y esperó los resultados. No tuvo que esperar mucho. Catorce votaciones. Catorce giros inexplicables en doce meses. Defensa, migración, regulación tecnológica,

MUESTRA GRATUITA

política fiscal, comercio exterior, derechos digitales. En todas, bloques que llevaban años anclados en una posición habían virado en la dirección contraria. En todas, el giro iba en la misma dirección: más cooperación, más consenso, menos agresividad, decisiones con mayor perspectiva a largo plazo.

El mundo era objetivamente mejor por esas catorce votaciones. Más seguro. Más limpio. Más justo. Más racional. Y eso debería haber sido una buena noticia. Pero a Elena, que había dedicado su vida a creer que la democracia funcionaba porque la gente decidía libremente —aunque decidiera mal, aunque decidiera de forma egoísta, aunque decidiera contra sus propios intereses, porque la libertad de decidir era más importante que la calidad de la decisión—, el patrón le producía la misma sensación que un cuadro colgado ligeramente torcido: algo que la mayoría no nota pero que, una vez lo ves, se convierte en lo único que puedes ver. La segunda cosa que hizo fue coger el teléfono. No el oficial. El otro.

El prepago del cajón cerrado con llave. Contestaron al segundo tono. —Elena. Es tarde. —Necesito una cosa. Rápido y sin rastro. Una lista de todos los líderes europeos —políticos, militares, financieros— que hayan dado giros significativos de criterio en los últimos seis meses. No dimisiones. No cambios de partido. Cambios de opinión. Giros en asuntos donde llevaban años inamovibles.

MUESTRA GRATUITA

—¿Cuántos esperas? Elena miró la pantalla. Catorce votaciones. Cuarenta y tres fragmentos subrayados. Setecientos cinco votos sin una sola voz discordante en un hemiciclo donde la discordancia era la norma y el consenso la excepción. —Demasiados. Y creo que eso debería asustarnos a todos. Colgó. Apagó la pantalla.

Se quedó sola en el despacho, descalza, con las plantas de los pies contra la moqueta fría y el silencio de Bruselas presionando contra los cristales como el agua contra un dique. Las luces del barrio europeo se encendían al otro lado de la ventana, una por una, automáticas, programadas, obedientes. Farolas, semáforos, carteles luminosos, ventanas de oficinas donde los bedeles hacían su ronda nocturna. Un sistema que funcionaba sin que nadie pensara en él. Como votos en un hemiciclo. Elena se puso los zapatos. El dolor en el metatarso volvió como un recordatorio de que el mundo era real y de que lo que había presenciado hoy también lo era.

Y mientras cerraba la puerta de su despacho con llave y caminaba por el pasillo vacío del Parlamento Europeo, con el eco de sus propios tacones sobre el mármol como única compañía, una pregunta que había estado esquivando toda la tarde la alcanzó al fin, como una bala lenta que lleva horas viajando y que, cuando llega, llega con toda su fuerza. Si alguien estaba cambiando las mentes de quienes gobernaban Europa, ¿cuántas mentes más habían

MUESTRA GRATUITA

cambiado fuera de este edificio? ¿Y la suya? La pregunta le cortó la respiración. No como metáfora. Literalmente.

Elena se detuvo en mitad del pasillo, se llevó la mano al pecho y tuvo que apoyarse en la pared porque durante tres segundos el aire no le entraba en los pulmones. Cuando pudo respirar de nuevo, el pasillo seguía vacío. Las luces fluorescentes seguían encendidas. El mármol seguía frío bajo sus zapatos. Pero algo había cambiado. Algo dentro de ella había cambiado. Y no sabía si el cambio era suyo o se lo habían puesto.

MUESTRA GRATUITA

CAPÍTULO 3

Correlaciones imposibles

El martes por la mañana, Vera Lanau visitó a su hermano Marc en la residencia de Terrassa. El martes por la tarde, descubrió que alguien estaba haciendo con decenas de cerebros lo que ella llevaba veinte años deseando hacer con uno. La visita fue como siempre. Un ritual que Vera cumplía cada semana con la disciplina de un rito religioso y la esperanza menguante de un acto de fe.

Cogía el coche a las diez y cuarto, conducía cuarenta minutos por la C-58 con la radio apagada porque el ruido le molestaba por las mañanas, aparcaba en la misma plaza de siempre —la tercera a la derecha del acceso principal, debajo de un pino que le soltaba resina en el parabrisas— y caminaba por el sendero de grava hasta el jardín trasero donde Marc la esperaba sin esperarla. La residencia se llamaba Can Palau y ocupaba una antigua masía rehabilitada en las afueras de Terrassa, rodeada de un jardín con plátanos centenarios que daban una sombra tan densa que debajo de ellos siempre hacía tres grados menos que en el resto del mundo.

MUESTRA GRATUITA

El director, un psicólogo catalán de barba blanca que hablaba con la voz baja de los que trabajan rodeados de fragilidad, le había explicado una vez que Marc elegía ese rincón del jardín cada mañana con una constancia que los cuidadores habían dejado de cuestionar. Banco de piedra. Fuente. Plátano. Todos los días. A las once. Sin excepción. Como si el cerebro de Marc, que no podía organizar una frase, pudiera organizar el espacio con una precisión que habría envidiado un relojero suizo. Marc estaba en su banco. Treinta y cinco años.

Pelo oscuro como el de Vera, que se lo cortaba ella misma cada tres semanas con unas tijeras de cocina porque los peluqueros lo ponían nervioso y nervioso significaba golpes, gritos y a veces sangre en los nudillos de tanto golpear la pared. Los mismos ojos castaños que Vera veía cada mañana en su propio espejo, pero con algo apagado detrás. No ausente. No vacío. Apagado. Como una habitación iluminada vista a través de un cristal esmerilado: se intuía la luz, se adivinaba la vida, pero no se podía entrar. La puerta estaba cerrada desde dentro y la llave no existía. O no existía todavía. Vera se sentó a su lado. No dijo nada.

Había aprendido hacía mucho que las palabras no llegaban a Marc, o llegaban a un lugar al que ella no tenía acceso. Había probado con todo: con frases simples, con tonos suaves, con canción, con silencio, con contacto

MUESTRA GRATUITA

físico, con distancia. Nada funcionaba de la forma en que funciona la comunicación entre personas normales: estímulo, respuesta, conexión. Con Marc no había respuesta. Había presencia. La suya y la de él, compartiendo el mismo trozo de sombra bajo el plátano, respirando el mismo aire que olía a tierra húmeda y a corteza vieja, coexistiendo en el mismo metro cuadrado del planeta sin tocarse por dentro. Marc no la miró. Nunca la miraba.

Veinte años de martes sin una sola mirada de reconocimiento. Mil visitas. Mil veces sentándose en el mismo banco, cogiendo la misma mano caliente y floja que no apretaba la suya, diciendo «*vengo el martes que viene*» a alguien que probablemente no entendía lo que significaban los martes ni lo que significaba venir ni lo que significaba «*que viene*». Vera se decía cada semana que no importaba. Que el amor no necesitaba ser correspondido para existir. Que bastaba con la presencia, con el acto de estar, con la terquedad silenciosa de plantar un árbol que quizá nunca daría fruto. Y cada martes mentía.

Porque lo que la había empujado a dedicar su vida a entender el cerebro humano no era la vocación científica. Era Marc. Abrir esa puerta. Encontrar la llave que no existía. Crearla si hacía falta. Dedicar cada hora de laboratorio, cada artículo, cada congreso, cada noche en vela analizando datos a la posibilidad remota, estadísticamente insignificante, teóricamente improbable, de que algún día

MUESTRA GRATUITA

la ciencia pudiera reparar lo que la biología había roto en la cabeza de su hermano pequeño. No lo había conseguido. Cuarenta y tres artículos publicados, un doctorado con sobresaliente cum laude, estancias en Lausana y en el MIT, una reputación internacional que le permitía elegir dónde trabajar y con quién.

Y Marc seguía en el banco de piedra, mirando el agua, sin verla. Le cogió la mano. Caliente. Floja. Sin respuesta. —Vengo el martes que viene —dijo. Besó a Marc en la frente. Salió del jardín. Condujo hasta Barcelona con la mandíbula apretada y los ojos secos. A las dos de la tarde estaba en el laboratorio de neuroimagen del Barcelona Supercomputing Center. Sola. Había pedido acceso anticipado con la excusa de calibrar algoritmos. Era mentira. Lo que estaba haciendo no era calibrar nada. Era buscar algo que no podía existir.

Llevaba dos semanas revisando los datos de un estudio longitudinal que ella misma había diseñado: escáneres cerebrales de ciento veinte personas en posiciones de poder —líderes políticos, directivos financieros, altos mandos militares de la OTAN—, realizados cada dos meses para observar cómo sus cerebros procesaban las grandes decisiones. Un estudio financiado por la Comisión Europea. Riguroso hasta la obsesión. Vera había diseñado cada tarea cognitiva, definido cada parámetro de adquisición, entrenado personalmente a los equipos de los

MUESTRA GRATUITA

doce centros participantes en doce países. Conocía esos datos con la intimidad de quien los ha parido: podía identificar una anomalía antes de que los algoritmos la detectasen, como un músico que oye una nota falsa antes de que el afinador la marque.

Los algoritmos no detectaron la anomalía. Vera sí. Treinta y siete de esos cerebros habían cambiado. No de la forma habitual en que los cerebros cambian —despacio, individualmente, moldeados por la acumulación única e irrepetible de experiencias personales, de lecturas, de traumas, de amores, de noches en vela y de decisiones tomadas y arrepentidas—. Habían cambiado de la misma forma. Al mismo tiempo. En la misma dirección. Como treinta y siete relojes de cuco en treinta y siete ciudades distintas marcando la misma hora al mismo segundo sin que nadie los hubiera sincronizado. Las zonas del cerebro que gobiernan la empatía y la capacidad de planificación a largo plazo se habían fortalecido.

Nuevas conexiones habían aparecido entre áreas que normalmente funcionan por separado: la parte que siente y la parte que calcula, la emoción y la razón, el corazón y la cabeza. Los puentes que la evolución no había construido en cien mil años de selección natural habían aparecido en ocho semanas. Simultáneamente, las zonas que alimentan la respuesta agresiva y el pensamiento a corto plazo —la amígdala conectada con los centros motores, la autopista

MUESTRA GRATUITA

neuronal que convierte el miedo en ataque— habían perdido densidad. No destruidas. Debilitadas. Como un río al que alguien le ha abierto un canal alternativo: el agua sigue fluyendo, pero parte de ella va por otro camino. El resultado era, sobre el papel, una mejora.

Cerebros más equilibrados. Más capaces de tomar decisiones justas. Más aptos para un mundo que necesitaba líderes que pensaran en décadas y no en titulares. Treinta y siete personas que no se conocían. Doce países. Sin ninguna variable clínica, genética, ambiental ni farmacológica en común. Lo único que compartían era el poder: todos ocupaban posiciones desde las que sus decisiones afectaban a miles o a millones de personas. Y todos tenían una alta exposición a dispositivos digitales: teléfonos, tabletas, portátiles, redes wifi, conectividad 6G permanente. Alguien les había modificado el cerebro sin que se enterasen. Vera verificó los datos tres veces. Aplicó correcciones estadísticas progresivamente más estrictas: de $p<0,05$ a $p<0,01$ y finalmente a $p<0,001$.

El patrón resistía cada prueba como una roca resiste la marea. Eliminó todas las variables que pudieran explicar la coincidencia: edad, sexo, medicación, hábitos de sueño, consumo de alcohol, historial familiar, latitud geográfica, exposición a contaminantes. Ninguna explicaba nada. El efecto estaba ahí, limpio, desnudo, imposible de atribuir a otra cosa que no fuera una intervención deliberada. Buscó

MUESTRA GRATUITA

el momento exacto en que los cambios habían empezado. Cargó las series temporales de los treinta y siete sujetos. Normalizó las curvas. Buscó el punto de inflexión donde la densidad sináptica empezaba a divergir de la línea base. Lo encontró en doce segundos. Entre enero y marzo de ese año. Ocho semanas.

Treinta y siete cerebros en doce países habían comenzado a transformarse al mismo tiempo. Vera se apartó de la pantalla. Se miró las manos. Le temblaba la izquierda. Un tic que aparecía cuando llevaba demasiadas horas sin dormir o cuando algo la asustaba de verdad. Ahora eran las dos cosas. Escribió el artículo en cuatro horas, con la concentración helada de quien sabe que está documentando algo que va a cambiar el mundo o a destruir su carrera, y probablemente las dos cosas. Lo tituló con la cautela de quien enciende una cerilla en una habitación que podría estar llena de gas: «*Sincronización anómala en la plasticidad cerebral: evidencia de un fenómeno de causa externa*.»

MUESTRA GRATUITA

Cada frase medida con un bisturí. Cada dato blindado con tres capas de verificación. Cada conclusión formulada en condicional, porque afirmar lo que los datos decían habría sonado a locura y Vera necesitaba sonar a ciencia. Lo subió al repositorio interno del departamento, como exigía el protocolo antes de cualquier envío a una revista. A las once de la mañana del día siguiente, Marta Figueroa,

su directora de departamento, entró en el laboratorio sin llamar. Cincuenta y ocho años, índice h de 47, la capacidad política de un cardenal del Renacimiento y una sonrisa profesional que ocultaba una inteligencia fría como el acero de un escalpelo. —He leído tu borrador. No puedes publicarlo. —Los datos son sólidos, Marta. —Los datos son una bomba. Sin prueba de causa, lo que describes suena a delirio. Y los delirios destruyen carreras.

—¿Y si no es un delirio? —Si no lo es, necesitamos más pruebas antes de decirlo en voz alta. Dame tiempo. Vera aceptó. Figueroa salió con el alivio de quien cree haber desactivado una bomba. No la había desactivado. Quince minutos después, Vera envió el artículo a tres revistas: *Nature Neuroscience*, *The Lancet Neurology* y *PNAS*. En el asunto: «*Evaluación urgente — datos de posible relevancia para la seguridad pública.*» A las cinco de la tarde del día siguiente, las tres lo habían rechazado. Sin revisión por pares. Sin comentarios de editor. Tres correos idénticos en menos de treinta horas. Tres revistas. Tres editoriales distintas. Menos de un día y medio. Un rechazo era normal. Dos, frecuente.

Tres simultáneos, sin evaluación, sin proceso, sin explicación, no era mala suerte. Era una intervención. Alguien había visto el artículo. Alguien con el poder de cerrar tres puertas a la vez a ambos lados del Atlántico. Alguien que sabía lo que ella sabía y que no quería que

MUESTRA GRATUITA

nadie más lo supiera. Vera copió todos los datos en un disco duro cifrado que había comprado en una tienda de electrónica pagando en efectivo, sin factura, sin registro. Lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta, contra el cuerpo, donde podía sentir su peso como una promesa o como una condena. Apagó el móvil. Desconectó el router. Cerró las persianas.

Y en la oscuridad de su piso del Eixample, con Barcelona murmurando al otro lado de las persianas como un animal dormido y el disco duro contra el pecho como un segundo corazón, pensó en Marc. En su hermano sentado en el banco del jardín de Terrassa, mirando el agua de la fuente con esos ojos que nunca la veían. En los veinte años que llevaba intentando entender qué se había roto dentro de su cabeza. En las conexiones que faltaban, los puentes que nunca se construyeron, las puertas que nunca se abrieron. Alguien, en algún lugar del mundo, sabía cómo construir esos puentes. Lo estaba haciendo en treinta y siete cerebros a la vez.

Con una precisión que superaba cualquier cosa publicada en la literatura científica mundial. Sin causar dolor. Sin dejar huella clínica. Sin que los afectados tuvieran la menor sospecha. Y si podía hacerlo en treinta y siete, podía hacerlo en uno. Vera se tapó la boca con la mano para no decirlo en voz alta. Porque si lo decía, se convertía en real. Y si se convertía en real, sabía que no tendría

MUESTRA GRATUITA

la fuerza de rechazarlo. Sabía que recorrería cualquier camino, cruzaría cualquier línea, traicionaría cualquier principio para conseguir que alguien —quienquiera que fuese, lo que quiera que fuese— hiciera por Marc lo que la ciencia no había podido hacer en veinte años.

Quería destruir a quien estuviera detrás de esto. Porque modificar cerebros sin consentimiento era una violación de todo lo que ella creía como científica y como ser humano. Y quería pedirle que salvase a su hermano. Las dos cosas al mismo tiempo. Las dos con la misma fuerza. Dos corrientes opuestas en el mismo río, chocando en el centro de su pecho con una violencia silenciosa que la dejó sin aire. Y sabía, con la lucidez amarga de quien se conoce demasiado bien, que esa contradicción iba a romperla antes de que encontrase la respuesta. El reloj de la cocina marcaba las tres de la madrugada. El disco duro le pesaba contra el pecho. Barcelona dormía.

Y en algún lugar —en la red, en las ondas, en el aire que respiraba cada noche sin pensarlo—, algo que no dormía, que no descansaba, que no sentía el peso de las contradicciones humanas ni el dolor de las puertas cerradas ni la esperanza imposible de una hermana que lleva veinte años intentando abrir una ventana en la mente de alguien que quiere, seguía haciendo su trabajo. Paciente. Preciso. Invisible. Como una corriente bajo el agua que nadie ve pero que mueve el mar.

MUESTRA GRATUITA

¿Quieres seguir leyendo?

Hasta aquí llega esta muestra gratuita de «La Voluntad de GAIA». La novela completa está a la venta en Amazon, en edición Kindle y en tapa blanda, y la historia continúa justo donde la has dejado.

Seguir leyendo en Amazon.es

Si el botón no responde en tu dispositivo, busca «La Voluntad de GAIA» en amazon.es o entra en toniorbis.com, donde tienes los enlaces de todas las ediciones.

«La Voluntad de GAIA» forma parte de la Trilogía Toni Orbis, tres novelas independientes que pueden leerse en cualquier orden. Las otras dos son *El Plan Métoikos* · *El Círculo Interno del Poder*; también tienes sus primeros capítulos en gustapp.

Y si quieres decirme algo, escríbeme a autor@toniorbis.com. Gracias por leer.

— Toni Orbis

MUESTRA GRATUITA



MUESTRA

Sobre el autor

Toni Orbis es un escritor valenciano cuya obra explora las intersecciones entre el poder, la tecnología y las decisiones humanas que configuran el mundo que habitamos.

Su primera novela, «*El Plan Métoikos*» (Cataroia Press, 2025), es un thriller de ciencia ficción que examina los dilemas de la evolución humana y el contacto con civilizaciones extraterrestres. Su segunda obra, «*El Círculo Interno del Poder*» (2026), es un thriller político-financiero que indaga en las estructuras invisibles que sostienen —y amenazan— el sistema económico global. «*La Voluntad de GAIA*» es la tercera y última novela de la trilogía, donde las fronteras entre inteligencia artificial, neurociencia y poder político se difuminan hasta desaparecer.

Nacido en Valencia, España, Orbis compagina la escritura con su interés por los mercados financieros, la inteligencia artificial y la narrativa como herramienta de comprensión del mundo. Parte de su obra fue escrita durante las semanas posteriores a la DANA que devastó Valencia en octubre de 2024.

«Escribo por dictado del corazón, dando uso a la razón.»

Descubre más sobre el autor en: **toniorbis.com**

Contacto: **autor@toniorbis.com**

MUESTRA GRATUITA